

LAS
CRÓNICAS
DE LOS
CAMINANTES
DE SUEÑOS

DESPERTAR

LIBRO 1

GILES DAVIS

andamio



ÍNDICE

1. LA BESTIA	9
2. LA CHICA DE MIS SUEÑOS	15
3. CHESTER	20
4. DONDE CHOCAN EL SUEÑO Y LA REALIDAD	27
5. LAS PRUEBAS DE FUEGO DEL INSTITUTO	38
6. EL NEGADO PARA LAS MATES	49
7. TOCO FONDO	55
8. LA TERAPIA DE LOS SIN TECHO	68
9. MI MADRE Y YO, CARA A CARA	80
10. MI MIEDO Y YO, CARA A CARA	86
11. LOS SUEÑOS SE HACEN REALIDAD	94
12. ¡QUIERO DORMIR!	105
13. LA DERROTA DE LA BESTIA	112
14. LANZANDO PIEDRAS ELÉCTRICAS	122
15. IRRESISTIBLEMENTE TORTURADO	130
16. UNA BESTIA BELLA	137
17. LO QUE QUIERE UNA CHICA	145
18. ANARQUÍA SOCIAL EN ESTADO PURO	154
19. DONDE LOS SUEÑOS SE HACEN REALIDAD	163
20. BAILEMOS	170
21. UNA BUENA PALIZA	178
22. DIME POR QUÉ	186

23. UN PACTO CON EL DIABLO	192
24. UNA EPISTEMOLOGÍA DE LOS AFECTOS FEMENINOS	199
25. LA FIESTA	213
26. EL AMOR ES CIEGO	224
27. DONDE SALVO EL DÍA	231
28. SACANDO LA BASURA	239
29. SI ELLA LEVANTA LA VISTA	248
30. PERDIDAMENTE ENAMORADO	255
31. A LA CAZA DE SARAH MILLER	262
32. EL AMOR DUELE	272
33. LA MÓMIA	281
34. EL DESPERTAR	288
35. LA ESPERANZA CURA	298
36. CURSO BÁSICO PARA CAMINANTES	310
37. RASHTA'O	319
38. LA VERDAD, AHORA	324
EPÍLOGO	326
UNA NOTA DEL AUTOR	340

CAPÍTULO

1

LA BESTIA

Intenté disfrutar de la feria como todos los que me rodeaban; te lo digo en serio. Pero es que para ellos era fácil: no tenían ni idea de lo que se avecinaba.

Mientras aspiraba el aroma de las palomitas, me dije que tenía que sonreír. *Esto es divertido.*

No lo era.

No tenía tiempo para divertirme. Debía estar alerta. A mi alrededor se apiñaban chavales que pegaban gritos y parejitas de adolescentes riéndose, empujando, mientras yo paseaba la mirada atenta por la multitud, esperando que sucediera algo. No sabía *qué* iba a pasar, pero estaba decidido a ser un chico listo, aquel a quien no se puede pillar de improviso.

No lo fui.

Parpadeé y todos desaparecieron; en su lugar, la oscuridad.

Fue como si alguien hubiera pulsado un interruptor gigantesco y hubiese apagado el mundo entero.

Un segundo antes yo deambulaba entre los vendedores que me vociferaban al oído y entre las familias que se apretaban a mi alrededor, y al segundo siguiente ya no estaban. A mis espaldas, el griterío de los niños en la montaña rusa infantil se convirtió en un chirrido perturbador cuando las vagonetas se detuvieron, vacías.

Intenté traspasar con los ojos la oscuridad, pero no pude ver mucho más allá de la montaña rusa. Una vez se hubieron adaptado un poco, distinguí una inmensa noria que se cernía sobre un puesto de algodón de azúcar situado a mi izquierda, y lo que me pareció el tenderete de una adivina, que se alzaba justo al final de la calle. Más allá de eso, solo había oscuridad.

Y yo.

Solo.

Agarrado a una farola con la bombilla fundida.

En el aire pendía un silencio inquietante, como una niebla densa. Busqué convencer a mi corazón de que no había motivos para que me golpease con tanta fuerza en el pecho. Todo iba bien, no había pasado nada malo. Aún no.

Intenté tragar saliva, pero tenía un nudo en la garganta. Era como si toda la saliva hubiese huido de mi boca para refugiarse en mis axilas.

¿Cómo había acabado yo allí? No soporto las ferias. Todo el mundo sabe que cuando en una peli alguien anda paseándose por una feria, seguro que le pasa algo malo, y por lo general quien se lo hace es un payaso. A lo mejor por eso tampoco soporto a los payasos. Menudos friquis que dan mal rollo.

Una servilleta de papel rodó por la acera, justo delante de mí, impulsada por una brisa ligera, como uno de esos matojos que corren por las carreteras en el desierto. Cuando la perdí de vista, el mundo me pareció incluso más silencioso que antes. Demasiado.

Cerré los ojos y me aferré con más fuerza a la farola.

No mires.

No hacía falta.

Ahora ya recordaba *qué* iba a pasar. Ya había estado allí antes; de hecho, docenas de veces. Aún no había aparecido nada, pero sabía que vendría.

Siempre venía.

Una respiración rasposa penetró en el silencio, anunciando su llegada. En el momento en que abrí los ojos, deseé que solo se tratara de un payaso malrollista. En el extremo más alejado de la calle, una niebla negra avanzaba hacia mí, envolviendo con sus tentáculos oscuros el tenderete de la adivina, al que se tragó hasta hacerlo desaparecer.

Uno podría preguntarse cómo pude distinguir que una niebla oscura hacía algo si se habían apagado todas las luces, lo cual es muy buena pregunta. No tengo una buena respuesta. La única explicación que puedo dar es que, de alguna manera, la niebla era más negra que la oscuridad de la noche, haciendo que, comparadas con ella, las tinieblas que la rodeaban pareciesen de color grisáceo.

Docenas de tentáculos hechos de niebla densa, largos y finos, partieron en todas direcciones, como una nave nodriza que envía sondas al espacio. Se arrastraron por el suelo y pasaron por encima de todo lo que encontraron, siempre avanzando calle arriba.

Un avance sistemático.

Silencioso.

Buscaban algo. A alguien. A mí.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla temblorosa.

No te muevas. No hagas ruido.

Un apéndice nebuloso trepó por un puesto de elefantes de peluche, y su extremo se enroscó en una de las patas de uno de ellos. Un alarido estridente taladró la oscuridad cuando una mano negra y arrugada surgió del extremo del tentáculo. De los extremos de cada dedo aparecieron garras de diez centímetros que desgarraron el pequeño elefante reduciéndolo a pedazos; una de ellas atravesó justo su ojo derecho. Contuve la respiración. Un instante después, la mano podrida y provista de garras volvió a retraerse ocultándose en el tentáculo de humo, que siguió arrastrándose por el suelo, tanteando.

Mis fosas nasales captaron un tufo a sulfuro, que hizo que un escalofrío resbalase por mi columna vertebral llegando hasta las palmas sudorosas de mis manos. La farola vibraba levemente entre mis manos temblorosas. Contuve la respiración, temiendo que incluso los latidos de mi corazón o el suave movimiento de la farola llamasen la atención de aquello... fuera lo que fuese.

En aquel momento de quietud, mientras seguía conteniendo el aliento, mi vida entera paso por delante de mis ojos, cada uno de mis diecisiete años.

No tardó demasiado: no había hecho gran cosa en ella.

Ante mi vista pasó mi madre, y también mi amigo Jess, hasta mi profe de mates, aunque no sé por qué pensé en ella, porque no aguantaba a esa mujer. Entonces, en mi mente apareció la imagen de una muchacha rubia y hermosa que estaba arrodillada junto a un río. Contuve una exclamación: ¡se la veía tan feliz, tan pura, tan perfecta! Solo con pensar en ella se me encogía el estómago. ¿Volvería a verla? Me daba la espalda mientras extendía la mano para arrancar una flor que crecía en la orilla del río. Cuando se giró para mirarme, volví a ver aquellos grandes ojos azules, y supe que debía sobrevivir. Aunque únicamente fuera para volver a verlos, tenía que sobrevivir. Solo había un problema:

No podía aguantar la respiración para siempre.

Solté el aire de golpe.

La farola produjo un sonido metálico.

La niebla dejó de buscar.

Dentro de la neblina que se arremolinaba surgieron un par de ojos blancos, bulbosos, y en torno a ellos la niebla se volvió más densa, como si pretendiera sustentarlos. Aquellos ojos carecían del color habitual propio del iris o de la pupila; despedían un fulgor blancuzco, pálido y enfermizo.

Y de alguna manera, lo supe.

No me preguntes cómo lo supe; lo supe, y punto.

Me estaban mirando.

—Michael, ¿te pasa algo?

La voz aguda de mi madre hizo que me irguiese de golpe en la silla. Un hilo de baba conectaba mi barbilla con un charquito en mi libro de matemáticas, donde solo unos segundos antes había tenido apoyada la cabeza. Cerré con fuerza los ojos y sacudí la cabeza.

Era un sueño. Era un sueño. Era un sueño.

¡Pues claro que se trataba de un sueño! Ahora era evidente, pero hacía unos segundos no lo fue. Siempre había tenido el deseo de poder darme cuenta de cuándo estaba soñando. A lo mejor, entonces no estaría tan aterrorizado. No era la primera vez que soñaba con la bestia, ni tampoco sería la última.

—¿Michael?

Mi madre llamó con los nudillos a mi puerta, y justo después metió la cabeza en mi cuarto, luciendo una enorme sonrisa llena de dientes.

—Sí, mamá, estoy bien. Estudio mates.

Ella se remetió tras la oreja un mechón de cabello rizado y castaño.

—Ah. ¿Y eso siempre te deja una marca roja en la cara?

Levanté la mano para tocarme la mejilla y palpé la marca que me había producido el libro de texto. Me encogí de hombros, enjugando con mi cabello espeso y castaño (que siempre me caía a los lados de la cara) el sudor que me corría por la frente. Mi madre continuamente me pedía que me cortase el pelo, porque era una pena que tapase mis ojos, castaños y de mirada profunda. “Hace que tu cabeza parezca un champiñón”, decía. Pero a mí me daba igual; me molaba llevarlo largo. Me hacía diferente, por no mencionar que me tapaba las pestañas increíblemente largas, que provocaban que todas las mujeres que había conocido en mi vida exclamasen: “¡Pero qué pestañas más espesas! ¡No es justo! ¿Por qué un chaval tiene esas pestañas y yo no?”. Supongo que lo decían como un cumplido. Pero, en lugar de sentirme halagado, siempre me embargaba el deseo profundo e intenso de devolverles el “cumplido” haciendo referencia a su exuberante vello facial. Créeme cuando te digo que esos comentarios siempre parecen divertidos cuando se te pasan por la cabeza, pero no quedan tan bien cuando te salen por la boca sin pedir permiso.

—Tengo un examen importante mañana.

—¿Por eso estabas llorando?

—¿Llorando?

—Por eso te he preguntado si estabas bien. A juzgar por los sollozos, parecías un cachorrito abandonado...

Le echó un vistazo a mi libro de mates y luego a mi brazo izquierdo. Cambié rápidamente de postura para esconderlo a mi espalda, y cerré el libro, ocultando entre sus páginas la mancha de humedad.

Ella asintió.

—Bueno, se está haciendo tarde. Quizá lo mejor es que te vayas a la cama.

—Vale. —Pensé en discutir, pero, la verdad sea dicha, ya no me apetecía seguir estudiando mates. Empecé a meterme en la cama.

—¡No te olvides de lavarte los dientes! —me recordó ella desde el salón.

—¡Ya lo sé, mamá!

Arrastré los pies por el pasillo hacia el cuarto de baño, mientras mascullaba por lo bajo mis protestas por su insistencia. Tener diecisiete tacos supone quejarte de tu madre.

Mi padre murió cuando yo tenía cuatro años. Mamá decía que había sido un padre genial, y yo tenía que fiarme de su palabra. La verdad es que solo tenía un recuerdo de él, y era más como una foto que como un vídeo. Una vez me subí a su regazo mientras él estaba sentado en su butaca reclinable. Y eso es todo. Ni siquiera me acordaba de cómo reaccionó. Para ser justos, sí que tenía otro recuerdo de él: el de su cuerpo en el ataúd. Pero eso no cuenta. Al menos, para mí no cuenta. O sea que, por mucho que me gustase quejarme de mi madre, era la única familia que tenía. Y, para ser sincero, como madre no lo había hecho mal.

Después de pasear el cepillo de dientes por mi dentadura un par de veces, volví a meterme en la cama. Apenas mi nuca entró en contacto con la almohada, descubrí que estaba recostado contra la corteza de un viejo roble retorcido, mientras mis oídos captaban el dulce sonido de una muchacha que cantaba.

andamio

Libros para tu vida

La misión de Andamio es publicar y difundir literatura que, desde una perspectiva bíblica, contribuya al desarrollo integral de la persona, la iglesia y a la transformación de la sociedad.

Somos la editorial de los **Grupos Bíblicos Unidos (GBU)** y nacimos en 1987. Los GBU iniciaron su camino en el mundo de la literatura cuando un grupo de estudiantes universitarios puso en marcha (1974) una revista muy sencilla a nivel de producción, pero muy rica en contenidos. Desde ese comienzo un tanto “inesperado”, con pocos recursos pero con muchas ganas, hemos ido creciendo hasta el día de hoy.

Andamio ha sido y es el resultado del trabajo y **colaboración de muchas personas**, unido a la **ayuda de Dios** a lo largo de todo este camino.

COLOFÓN

andamio editorial

Alts Forns nº 68, sòt. 1º
08038 Barcelona. España
Tel. (+34) 93 432 25 23

libros@andamioeditorial.com
www.andamioeditorial.com

Andamio es la editorial de los Grupos Bíblicos Unidos en España, que a su vez es miembro del movimiento estudiantil evangélico a nivel internacional (IFES), cuya misión es hacer discípulos y promover el testimonio de Jesús en los institutos, universidades y centros de trabajo.

TRADUCCIÓN
Daniel Menezo

CORRECCIÓN
Miguel Llop

DISEÑO CUBIERTA Y MAQUETACIÓN
Pablo Cabrera (LatidoCreativo.com)

DEPÓSITO LEGAL
B. 17314-2019

ISBN
978-84-120694-0-2

IMPRESO EN ULZAMA
IMPRESO EN ESPAÑA

Las Crónicas de los Caminantes de Sueños

Despertar
Giles Davis, 2019

Prohibida la reproducción total o parcial
sin la autorización de los editores.

